

SANTO TORIBIO, OBISPO DE ASTORGA

Día 16 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fue Santo Toribio natural de la provincia de Galicia, feliz con el nacimiento de este grande varón, cuanto había sido desdichada años antes con el de Prisciliano, cuya pestífera doctrina combatió nuestro Santo. Ignórase el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia; pero, según un Breviario antiguo de la Iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia hace creer quedarían á Toribio una educación correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las obras y los escritos del Santo. Siendo joven le faltaron sus padres, quedando el Santo poseedor de un grueso patrimonio que vendió y le repartió a los pobres, bien cierto de que así estaba libre de los menosprecios de la fortuna y de las asechanzas del ladrón. Hecho esto, y deseando mayor instrucción, que la que tenía, tanto en las materias científicas como en las costumbres de los pueblos y las iglesias, emprendió una peregrinación larga y penosa. Padebió en ella muchas molestias, asperezas y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio, y se deja conocer de lo largo y peligroso de un viaje desde Galicia á la Tierra Santa.

Habiendo llegado á Jerusalén, se presentó al obispo de aquella Iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimación que su mérito exigía. Hízole custodio en aquella Iglesia de las cosas sagradas, fiando á su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias

que poseía, pertenecientes á la Pasión de Nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el Santo en Jerusalén. En este tiempo recibió aviso del Cielo, por medio de un ángel, de que muy en breve sería prostituida aquella Ciudad Santa por las gentes que ignoran á Dios. Esta revelación movió á Santo Toribio á abandonar aquellas tierras y, volverse á su patria; pero al mismo tiempo pensó con prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba, para enriquecer á España con tan inestimable tesoro, libertándole al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros.

Vuelto á nuestra península, se dirigió á su patria, Galicia, en donde comenzó á ejercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el Cielo aprobarlos con sus maravillas. Una de éstas se dice haber sido que, estando enferma gravemente una hija del rey de los suevos, que a la sazón ocupaban aquellas tierras, el Santo la sanó milagrosamente. Esto mismo se verificó con otros varios enfermos de diversas enfermedades, por lo cual comenzó su fama á tener tal reputación entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo que dedicó al Salvador, y en donde depositó para la veneración pública las reliquias que había traído de Jerusalén. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de otro cuyo nombre han obscurecido los siglos. Viendo los fieles el mérito sobresaliente de Toribio, su celo por la salvación de las almas, su sabiduría para conservar la grey de Jesucristo en la pureza de la fe, su valor para oponerse á las maquinaciones de la herejía, y últimamente su caridad para con todos, pusieron en él los ojos para hacerle prelado de aquella Iglesia. El humilde Santo resistió cuanto pudo la carga episcopal, reputándola demasiadamente pesada; pero las instancias del pueblo

y el espíritu de Dios le obligaron á tomar sobre sí el cargo de Pastor. Luego que se vio obispo, experimentó una de las borrascas que se había temido, en que estuvo á peligro su reputación y su inocencia; pero el Cielo, por cuya inspiración y no por elección propia había recibido el obispado, tomó á su cargo su defensa , contestando con un portentoso milagro la santidad de Toribio á la malignidad de su perseguidor.

Era éste un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Eogato, el cual, por todos los medios infames que sugiere la ambición, había solicitado ser hecho obispo. Como el pueblo había preferido la santidad de Toribio, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el odio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al más horrendo delito á fin de conseguir la perdición de Toribio, creyendo que de ella resultaría el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un crimen tan feo y abominable como es el adulterio, mayormente en una persona eclesiástica condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusación tan horrorosa, y, levantando á Dios el corazón con fervor y lágrimas, le pedía de continuo protegiese su inocencia. Esta inspiró en el alma del santo obispo tal confianza en la divina misericordia, y tal seguridad de que el divino poder emplearía sus maravillas en la justificación de un pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haría débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que ésta quedase tan victoriosa como patente la calumnia del inicuo diácono. Se fue á la iglesia catedral en un día de grande concurso; y, habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el

estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar una porción de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas las envolvió en el roquete que tenía puesto, y, entonando el salmo de David que comienza: *Levántese Dios, y disípense sus enemigos*, dio vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo y llevando las ascuas en el roquete, sin que éste ni las manos del santo obispo padeciesen lesión alguna. Todo el pueblo vio con sus ojos que el roquete, no solamente había quedado sin daño, sino que no tenía la menor señal ni mancha del fuego que había contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de Santo Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del Cielo todo el castigo que merecía de su execrable delito; pues, á semejanza de Judas, confesó públicamente su maldad, y, sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le había conducido su ambición.

Desde que había vuelto de Jerusalén, había advertido que la secta de Prisciliano iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Hizo esto una profunda herida en el corazón de Santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la cizaña que el enemigo común iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó á combatir todos los errores impugnándolos con su celestial sabiduría. Reuniólos todos por capítulos en un conmonitorio y libelo, de que hace mención en una carta escrita á Idacio; en los cuales, descubriendo el pestilente veneno que contenían, impugna distintamente todas sus blasfemias y errores respondiendo á sus argumentos capciosos. Envió estas obras á dos obispos de los más sabios y virtuosos que había entonces en la provincia de

Galicia, avisándolos al mismo tiempo de sus descubrimientos de nueva ponzoña y de lo que había practicado para precaver su venenosa infección. Este conmonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por San Ildefonso, los cuales dan á nuestro Santo los títulos honrosos de *beatísimo* y *religiosísimo*.

Este trabajo del Santo no debió producir todo el efecto que deseaba; y así, no contento con lo que había practicado poniendo en arma á los obispos celosos para que cuidasen de la pureza de la fe, envió el mismo libelo al papa San León el Grande para que le revisase y le juzgase. Respondióle éste á 21 de Julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente celo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica y al esmero que como buen pastor ponía en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguía. Estaba aquella provincia inundada de herejes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedía entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. El año de 445, hallándose el obispo Idacio con Santo Toribio en Astorga, persiguieron de común acuerdo á estas gentes perniciosas, y, habiendo descubierto muchas, formaron autos contra ellos, y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonio, en el año de 448 descubrió á uno de los herejes llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habían formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se verificó echándole de toda la Lusitania.

Todas estas acciones prueban el celo pastoral y la

viva solicitud de Santo Toribio en purgar el campo de la Iglesia de hierbas ponzoñosas y en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecían sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murió, ni el sitio de su glorioso tránsito; pero no hay razón que nos obligue á creer que su sagrado cadáver fuese depositado en otra iglesia que en la de Astorga, así como no la hay para creer que el Santo muriese en otra parte ni fuese oriundo de otra ciudad ó provincia, atendiendo á la disciplina constante de aquellos tiempos, en que los obispos eran elegidos por el pueblo, entre el clero de la iglesia que habían de presidir, para que sus ovejas amasen á su pastor, y éste conociese una por una á sus ovejas. En el siglo octavo, por causa de la invasión de los moros, fueron trasladadas sus reliquias, juntamente con las que trajo de Jerusalén, al monasterio de San Martín de Liévana, que, con el tiempo, perdió la advocación de San Martín y se intituló de Santo Toribio. En este sitio permanecen, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la religión, defensor de la verdad católica, destructor de la idolatría, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

SANTA ENGRACIA, VIRGEN Y MÁRTIR

España, reino fértil, no sólo por las producciones naturales que en él admiran los historiadores, sino por los insignes mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus límites á la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos

en el libro de la vida, entre los cuales es digno de eterna memoria Santa Engracia, con los diez y ocho compañeros, en el memorable triunfo que consiguieron de los enemigos de la religión cristiana.

Varían los escritores en cuanto á la cuna de esta gloriosa Santa: unos la hacen natural de Portugal, provincia por entonces del reino de España, hija de un régulo ó regente, que enviada por su padre, acompañada con diez y ocho deudos suyos á desposarse al Rosellón con un caballero de sus circunstancias y calidad, padecieron todos martirio de camino en Zaragoza, en tiempo que en aquella ciudad ejecutaba Daciano sus acostumbradas crueldades con los fieles. Otros la creen nacida en la misma ciudad, con los de su comitiva; pero como el que sea natural de Zaragoza ó Portugal en nada amengua la gloria de su martirio, dejando á los defensores de ambas opiniones que abunden en su sentido, diremos sólo de su admirable combate.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano una persecución tan sangrienta y cruel contra la Iglesia, en principios del siglo iv, que siendo, como era su ánimo extinguir, si pudiesen, el nombre y la religión cristiana, hicieron públicos sus terribles edictos en todo el imperio, mandando que, en caso de resistirse los fieles á prestar adoración á los dioses romanos, padeciesen los más crueles tormentos. Quiso distinguirse en la exactitud Daciano, hombre bárbaro y cruel, enviado á España por gobernador de la provincia de Tarragona, el cual se presentó en Zaragoza como una fiera á derramar copiosos arroyos de sangre de los cristianos, á los que profesaba una mortal aversión. Puso en la mayor consternación á toda la ciudad y provincia la terrible carnicería que ejecutó aquel bárbaro, llegándose á horrorizar hasta los mismos paganos; sólo á Engracia no asustó la crueldad, pues encendido su corazón en

vivísimos deseos de derramar la sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel. Para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia, habló á Daciano en estos términos: *¿Por qué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los Cielos, y atormentas con tanta crueldad á los que le dan culto? ¿Por qué tú y tus emperadores persiguen por todo el mundo tan injustamente á los cristianos, por defender á los ídolos, que son unas vanas estatuas donde habitan los demonios"?*

Quedó asombrado Daciano al oír tan inesperada reprehensión, y más admirado del espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses del imperio. Omitiendo toda política atención, poseído de una extraordinaria cólera, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente y arrastrarla en seguida, como á blasfema, por toda la ciudad, amarrada á la cola de un caballo, acompañada de los suyos, persuadiéndose que éstos, aterrados á vista de aquel ignominioso castigo, desistirían de la fe por no padecer iguales penas. Viendo el tirano que de nada sirvió aquella invención para intimidar á la santa comitiva, y mucho menos á Engracia, en quien crecía la constancia y fortaleza al compás de los tormentos, mudando de tono, quiso fascinarla con halagos y promesas, aconsejándola que desistiese de las necedades que adoptaban los cristianos en su religión, si quería verse libre de la muerte. Oyó la Santa con horror sus falaces persuasiones, y, alentada nuevamente con aquel espíritu que era el móvil de sus gloriosas acciones, le respondió: *Tú, sacrílego, enséñate á ti mismo esos falsos dogmas, pero no á mí; que ni tus ofertas me seducen, ni tus palabras me convencen, ni tus tormentos me intimidan. Sabe que soy enviada por mi Señor Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de lo que es preciso te arrepientas, si temes como debes la ira de*

Dios, que ya veo preparada á descargar sobre ti.

Ofendido Daciano de la noble intrepidez con que afeó Engracia sus crueldades, bramando como un león enfurecido dio orden á los verdugos de que empleasen en su cuerpo los más terribles tormentos , á fin de vengar el desprecio que había hecho á los dioses imperiales. Acometiéronla como lobos carniceros, y dislocaron todos sus miembros á fuerza de refinadas crueldades; pero, viendo el tirano la constancia de la Santa, mandó que con garfios de hierro rasgasen sus delicadas carnes. Ejecutóse así, pero de un modo tan inhumano, que, descubiertos todos los huesos, se vieron sus entrañas por diferentes heridas, profundizando de tal forma, que la extrajeron un pedazo del hígado, según testifica Prudencio que lo vio. Llenó á todos de confusión al verla con un semblante alegre, adorando y bendiciendo al Señor en medio de aquel conjunto de tormentos, confesando hasta los mismos gentiles que no era posible tal fortaleza sin algún milagro. Apurado todo el sufrimiento, mandó que la clavasen un clavo en la cabeza para acabar de una vez con la que tan visiblemente hacía ver el ningún poder de los falsos dioses. Pero como no bastase esta atrocidad para quitarle la vida, avergonzado el tirano de verse vencido por una tierna doncella ordenó que desistiesen los verdugos de atormentarla, dejándola en aquella disposición, á fin de que los agudos dolores de las heridas la sirviesen de mayor martirio, que le fue más penoso que la misma muerte, según escribe Prudencio, quien añade que sobrevivió algún tiempo, con admiración de cuantos pudieron ó llegaron á saber tan asombroso prodigio, para mayor confusión de los enemigos de la religión, y recomendación del poder del verdadero Dios de los cristianos. A lo que se siguió su felicísimo tránsito á la Patria Celestial el 16 de Abril por los años 303, acompañándola los diez y ocho mártires que constan en

el Martirologio.

El venerable cuerpo de nuestra Santa fue sepultado por los fieles, si no con la solemnidad de un funeral público por temor de la persecución, honrado con acompañamientos de ángeles, que festejaron el más glorioso triunfo de esta insigne heroína de la religión. Después que gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron los godos en España, se tuvieron sus reliquias en grande veneración en la capilla subterránea, llamada de los *Santos Macas*, sobre la cual edificó San Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de Santa Engracia, en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupción de los árabes en España, en la que, temerosos de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultaron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos, hasta el año 1389, en cuya época, con motivo de la reedificación de aquel templo, se hallaron en la excavación de los cimientos un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripción de *Santa Engracia*, y el otro con la de *San Luperio*; y en otro sepulcro de mármol las cabezas y los huesos de los diez y ocho compañeros de la Santa, cuyos huesos se hallaron íntegros, de color de rosa, despidiendo un fragantísimo olor.

Habiendo conseguido D. Juan II, rey de Aragón y Navarra, la recuperación de la vista, casi perdida, en el año 1559, por la intercesión de la Santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido de este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos Jerónimos, á los que se diese su iglesia para mayor culto de la Santa; pero no pudiendo cumplir su santo deseo, á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo hizo su hijo D. Fernando el Católico, y dotó con magnificencia su biznieto Carlos V el Emperador.

SAN BENITO JOSÉ DE LABRE, MENDIGO Y PEREGRINO

Nació nuestro Santo en Amettes, pueblo de la diócesis de Bolonia, en Francia, recibiendo en el bautismo el nombre de Benito José. Fue el primero de los quince hijos que tuvieron Juan Bautista Labre y Ana Bárbara Grandier, esposos de mucha piedad, de posición acomodada, y fue educado con gran cuidado en la sólida piedad. A los cinco años le enviaron á la escuela, donde tuvo la suerte de contar con maestros sabios y virtuosos que le instruyeron en las letras y en la virtud. A los trece años, deseando sus padres que aprendiera latín, le enviaron á casa de un tío suyo paterno, párroco de Erín y padrino suyo, quien descubrió luego en el sobrino costumbres angelicales y un carácter dócil, afable y piadoso. Deseaba Benito ardientemente hacer la primera comunión, y se preparó para ella con meditaciones, mortificaciones y oraciones, y después de una dolorosa confesión general recibió al Hijo de Dios Sacramentado el 5 de Septiembre de 1761, desde cuyo día puede decirse que imitó á Jesucristo en sus admirables costumbres, perdiendo todo gusto á las cosas temporales, y hasta al alimento corporal, con que le era necesario sostenerse.

Desde entonces consistían todas sus delicias en observar con rigor las abstinencias y los ayunos prescritos por la Iglesia, y en retirarse á los puntos más solitarios de la casa de su tío, para entregarse allí á la meditación y á la lectura de libros santos. Entre ellos escogió el Santo joven el del célebre P. Juan el Joven, llamado *El Ciego*, que tenía siempre entre manos. **Así que su ánimo se penetró profundamente de las consideraciones del corto número de elegidos y de las penas del Infierno.** Para librarse de éstas, comenzó una vida más austera y fervorosa: se privó de los alivios más

honestos, no se acercaba á la lumbre en lo más riguroso del invierno, dormía casi siempre en el suelo, ocupándose día y noche en fervorosas oraciones á Dios para conocer su voluntad acerca del estado que debía elegir.

Después de haber examinado varios Institutos religiosos, sintiéndose inclinado á la vida solitaria y austera, se fijó en el Orden religioso de la Trapa; y para entrar en él se despidió de su tío, á quien había comunicado su pensamiento, y regresó á su casa paterna, teniendo entonces diez y seis años de edad. Sus padres se opusieron tenazmente á las súplicas de Benito, y, resignado éste á las disposiciones divinas, volvió á Erín al lado de su tío, ejercitándose más y más en mortificaciones y privaciones, en el estudio de la Sagrada Escritura, las lecturas piadosas y la frecuencia de los santos sacramentos, edificando á todos con sus virtudes, sobre todo con su recogimiento y su caridad con los pobres. Así permaneció dos años y medio, hasta 1766, en que murió su tío, víctima de la caridad, asistiendo á sus feligreses atacados de epidemia. Durante ésta rivalizó la caridad de Benito con la de su tío. Día y noche asistía y consolaba á numerosos enfermos, llegando á convertirse en mozo de establo por los pobres campesinos; pues no teniendo éstos, por estar enfermos, quien cuidase de sus ganados, tomó Benito á su cargo el cuidar de todos, llevando á cuestras los haces de hierbas y heno que recogía en los huertos y campos para alimentarlos.

La muerte del tío obligó de nuevo al joven Benito á regresar á la casa de sus padres, y, una vez allí, teniendo entonces diez y ocho años, pidió otra vez humildemente que le permitiesen entrar en la Trapa; pero encontró tanta oposición como antes, especialmente en su madre, quien, para disuadirle de su propósito, le dijo: *Si sales, hijo, de casa, quizás no tengas algún día de qué vivir y ¿qué harás entonces?*—*Dejadme ir, madre mía,* contestó

Benito; *viviré de raíces y hierbas como los anacoretas; con la gracia de Dios podemos vivir también nosotros como ellos.* Esta respuesta hizo llorar de ternura á su buena madre; pero, inflexibles sus padres en la negativa, dispusieron que fuera á casa de un sacerdote, vicario de Couteville, tío suyo materno, para que continuase sus estudios, y, aunque contra su voluntad, obedeció. Pero firme en su propósito de vida mortificada, intercedió su tío con sus padres, obteniendo por fin licencia para ser religioso.

Extremada fue la alegría de Benito, y sin tardanza se fue á la Trapa; mas, en llegando allí, le dijeron que no podían admitirle por la edad y por su complexión delicada. Sumamente afligido con tal respuesta, volvió á Amettes hambriento, roto el vestido, de manera que movía á todos á compasión. Permaneció algunos meses con sus padres, y reiteró la instancia para volver á la Trapa; pero se opusieron aquéllos, dándole sólo permiso para hacerse religioso cartujo. Se dirigió á la Cartuja de Newille, y tampoco le admitieron por no saber Canto llano ni Lógica, y, habiendo aprendido suficientemente ambas cosas bajo la dirección de Jaime du Tour, vicario de Ligny, fue admitido en la referida Cartuja. Al despedirse de sus padres, les dio gracias por todas las molestias que por él se habían tomado, les pidió humildemente la bendición, diciendo, por último, que volverían á verse en el Valle de Josafat. Seis semanas de prueba pasó en el noviciado de la Cartuja; y como Dios quería ponerle por ejemplo de austeridad en medio del siglo, se vio obligado á salir de allí. Se detuvo un poco en Montreville, desde donde escribió una carta á sus padres, informándoles de todo, y anunciándoles que su intención era entrar en la Trapa, adonde se dirigió, aunque inútilmente. Afligido y angustiado entonces el pobre joven, resolvió ir al convento de Sietefuentes, del Orden Cisterciense, donde fue recibido, y tomó el hábito, con el

nombre de Fray Urbano, el 11 de Noviembre de 1769.

Pero Dios no le quería para el claustro. Le acometieron penosas enfermedades, con lo que, y con las angustias interiores de espíritu y su delicada salud, se convirtió en esqueleto, de modo que los médicos opinaban que debía salir del convento. Entre lágrimas y suspiros se contentaba Benito con decir: *Hágase la voluntad de Dios*. A fin de curarse, con permiso del P. Abad, permaneció algún tiempo en la hospedería del convento, donde todos le admiraban como Santo por las virtudes que practicaba consigo mismo y con otros enfermos; y en medio de sus prácticas de piedad y de mortificación tuvo inspiración del Cielo, por virtud de la que conoció el camino que debía emprender como pobre peregrino en esta vida miserable. Lo consultó con su confesor, y, aprobado por éste, emprendió en seguida la vida de peregrino. Así que llegó á Quiers, en el Piamonte, á la edad de veintidós años, escribió por última vez á sus padres el 31 de Agosto de 1770, dándoles el último adiós.

Antes de seguirle en sus muchas peregrinaciones, en las que se ha calculado que recorrió más de quince mil millas, diremos de qué manera las hacía. Caminaba á pie, con hábito pobre y andrajoso, sin cambiarlo nunca, con un crucifijo en el pecho, un rosario en la mano y otro en el cuello y un saco en los hombros, en el que, por espíritu de penitencia, ocultaba á veces piedras grandes. No hacía provisión, ó era insignificante y de limosna. No reparaba en los temporales: lluvia, frío, nieve y calor, todo le era igual. Dejaba las carreteras y caminaba por senderos solitarios y por sitios escarpados. Contento con solo Dios, que le guiaba, huía de las compañías. Dormía de ordinario en el suelo y al aire libre también, donde le cogía la noche, pero nunca en albergue ni posada.

La santa casa de Loreto, adonde llegó á primeros de

Noviembre de 1770, fue el primer santuario que visitó: de Loreto pasó á Asís, donde veneró el sepulcro del patriarca San Francisco y vistió el seráfico hábito de la V. O. T. de Penitencia, que después ilustró con sus grandes virtudes. El 3 de Diciembre llegó á Roma y visitó los sagrados templos y basílicas que contiene. El día le pasaba en las iglesias, y la noche debajo de cualquier cobertizo. Al año siguiente volvió á Loreto, visitando en Fabriano el cuerpo de San Romualdo, abad. Se dirigió luego al reino de Nápoles, donde visitó muchos santuarios. Continuó su peregrinación hasta el de San Nicolás de Bari, regresando después á Roma en Marzo de 1772, y, así que satisfizo su devoción, por tercera vez fue á Loreto.

Sus posteriores peregrinaciones fueron largas y penosas. Visitó los santuarios de Toscana y varios de Francia; pasó á España, donde veneró y visitó la Santísima Virgen de Montserrat, la Cueva de Manresa, Santiago de Galicia y otros santuarios. Volvió á Francia, y en Italia á su refugio de Loreto. En Abril de 1774 volvió á Roma, y en Septiembre emprendió otra serie de peregrinaciones: empezó por Loreto, y, pasando por Toscana, recorrió Alemania y Suiza, donde visitó el célebre santuario de la Santísima Virgen de Einsidlen. En Septiembre de 1775 se halló en Roma para ganar el Santo Jubileo. A principio del año siguiente salió, ofreciendo antes sus homenajes á la Virgen en Loreto, y recorrió de nuevo la Suiza. Volvió en 1777 á Roma, y ya no salió más de Italia, yendo todos los años á Loreto, que era su centro.

En todas estas peregrinaciones, nunca alteró Benito su austero método de vida, padeciendo con frecuencia y con paciencia persecuciones, insultos, golpes y atropellos de la plebe, y los denigrantes títulos de ladrón, embaucador, vagabundo, hipócrita é impostor. Así trata

siempre el mundo á los verdaderos siervos de Dios. Y, á pesar de todo esto, estaba siempre alegre, jovial, porque tenía á Dios en su corazón. Apenas llegaba á un santuario, ya no pensaba más que en acercarse al Santísimo Sacramento, donde permanecía en ayunas todo el día. Esto mismo practicó en Roma en los seis años últimos de su vida. Pasaba la mañana en cualquier iglesia, regularmente en la de la Virgen de los Montes; al medio día tomaba un poco de sopa, de limosna, en los conventos, y, cuando no tenía ni un pedazo de pan, se volvía al templo á orar, en especial donde estaban las Cuarenta Horas, siempre de rodillas en un rincón, por lo que le llamaban el *Pobre de las Cuarenta Horas*. Todos los días rezaba el Oficio divino, absorto siempre en celestiales contemplaciones; y por la noche descansaba un poco tiempo al aire libre, bajo un soportal. Sólo en los dos últimos años, por obedecer á su confesor, aceptó un albergue por la noche en una casa de caridad, en la que, sin embargo, no se acostó nunca en cama.

Una vida tan austera no podía prolongarse. El espíritu se robustece cuanto desfallece el débil cuerpo. Después de haber observado la Cuaresma del año 1783 con extraordinaria abstinencia y mortificación, pues la pasó comiendo lo que encontraba por las calles, hierbas, troncos de coles, cortezas de naranjas, desechos de cocinas arrojados á los basureros, el Miércoles Santo, 16 de Abril de aquel año, habiendo oído varias Misas y orado mucho tiempo en la iglesia de Santa María de los Montes, salió de ella tan desfallecido, sin poder tenerse en pie, que cayó desmayado en la escalinata de la iglesia. El vecino carnicero Francisco Zacearelli, su bienhechor y grande admirador de su santidad, se lo llevó á su casa, y no bien le vieron los médicos le desahucieron, y, no pudiendo recibir el Santo Viático se le administró la Extremaunción. Al anochecer, mientras los asistentes rezaban las Letanías de la Virgen, al llegar

al *Santa María, ruega por él*, expiró plácidamente, víctima de la penitencia, á la edad de treinta y cinco años.

Al instante, por todas las calles de Roma se extendió la noticia, diciendo todos: *Murió el Santo*. Multitud inmensa acudió á la casa de Zaccarelli. Fue necesario poner guardias. Se le enterró en la iglesia de Santa María de los Montes, y todo Roma acompañó el cortejo. El cuerpo fue llevado en triunfo á la iglesia por entre dos hileras de soldados. Nobles y pueblo seguían llorando. Ningún monarca tuvo exequias tan grandes como este pobre peregrino y pordiosero de Jesucristo.

Su nombre resonó luego por toda Europa, y brilló su poder con innumerables prodigios. La incrédula filosofía, que pretende desterrar de las grandes ciudades el espectáculo de los pobres pordioseros, ya que es incapaz de abolir la pobreza, puede aprender para qué sirve la pobreza llevada en nombre de Jesucristo en la persona de San Benito José de Labre. María Masí, madre de la Beata Ana María Taigi, santa heroína del siglo xix, esposa del farmacéutico Luis Gianneti, tuvo la suerte de asistir y lavar el cadáver de Labre. Pío IX beatificó á este venerable siervo de Dios el 20 de Mayo del año de 1860, y León XII le canonizó el 8 de Diciembre de 1881.

La Misa es en honor de Santo Toribio, y la oración la que signe:

Oíd, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesión del que tan dignamente mereció serviros, concédenos el perdón de nuestros pecados. Por Nuestro Señor...

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría

, y la misma que el día 11.

REFLEXIONES

He aquí un sacerdote grande, que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo. No parece sino que se dijeron estas palabras privativamente, en atención al grande prodigio con que libró Dios á Santo Toribio de una negra y torpe calumnia. Fue acusado de haber cometido un adulterio, estando ya exaltado á la dignidad episcopal. Sus obras eran agradables á Dios, y mucho más sus encendidos deseos. Vio el Señor atribulado á su siervo, y, según aquella palabra con que prometió que el justo, á manera del árbol que está plantado junto al paso de las aguas, no perdería jamás su verdor y lozanía, ni podrían dañarle las astucias de los impíos (Ps. 1), hizo que el milagro de llevar las brasas en los sagrados vestidos sin quemarse diese testimonio de la inocencia del Santo, así como el acusador inicuo fue herido de su omnipotente mano con una muerte repentina.

Entre todas las tribulaciones que pueden acontecer á un hombre bueno, con dificultad se puede dar otra más sensible ni más amarga que una calumnia, de cualquier género que sea, pero mucho más si lleva consigo algo de fealdad y de torpeza. Crece la gravedad cuando el sujeto calumniado debe, por su dignidad y carácter, resplandecer con el ejemplo, y ser á los demás como un modelo de todas las virtudes. Un juez, un magistrado, sentirán grande amargura cuando tengan que sufrir una calumnia; pero es dificultoso que iguale al dolor que necesariamente deberá experimentar un obispo, quien en sus obras debe representar á Jesucristo, así como en la dignidad y autoridad le sucede y representa. He aquí un sacerdote grande en quien se hizo esta durísima prueba, y fue encontrado justo. He aquí un sacerdote, he

aquí Santo Toribio, en quien compitieron, la calumnia por su parte, y por otra el cuidado que Dios tiene del honor de sus siervos. *De vuestra cabeza no perecerá ni un cabello*, les tiene dicho. Pon en Mí tu confianza, y no temas á tus enemigos, les dice otra vez.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el día 1.

MEDITACIÓN

Del espíritu con que se han de sufrir los hombres malos en este mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que los malos viven en este mundo bajo las órdenes y disposiciones de la Divina Providencia, la cual en todas ellas es justísima é infalible. De consiguiente, la existencia de los malos, aunque mortifique á los buenos, necesariamente ha de tener un fin ordenado y provechoso. *El malo*, dice el gran Padre San Agustín (*in Ps. 54*) *vive para uno de dos fines: ó para que se corrija, ó para que sirva de ejercitar la paciencia de los buenos.* He aquí el espíritu con que quiere Dios que se sufran los malos en este mundo: con espíritu de paciencia, sufriendo sus defectos, compadeciéndose de sus pecados, y haciendo oración á Dios para que se apiade de ellos, y ablande su corazón con los celestiales rocíos de su gracia.

El amor propio es sumamente sutil y delicado en todas sus operaciones, y suele muchas veces apoderarse del corazón de los buenos con la máscara de piedad. ¿No sería mejor que no existiera aquel escandaloso, que es causa á los demás de espiritual ruina? Un castigo ejemplar, con que vengase el Cielo los ultrajes y las persecuciones de la virtud, ¿no la daría á ésta más

estimación, y afirmarla su solio contra todas las maquinaciones del abismo? Aquel hereje, aquel impío, que profana con obras y palabras lo más augusto del santuario y de la religión, ¿no era justo que repentinamente quedara hecho objeto de escarmiento, en donde aprendiesen los demás á temer las divinas venganzas? A lo menos se lograría con su destrucción que no contaminase á otros muchos. En estas y otras semejantes expresiones prorrumpe el corazón cuando no está muy radicado en la virtud ni ha considerado la distancia que hay de los juicios humanos á la alteza inescrutable de los consejos divinos; cuando no ha contemplado la doctrina de las Santas Escrituras, en donde se contiene la ciencia de vida y de salud para nuestras almas.

Yo soy, dice el Señor por su profeta (Ezech., 34), el que juzgo entre oveja y oveja, y entre éstas y los cabritos. A su infinita justicia ha reservado la acción de separarlos, colocando á los unos á la derecha, y á los otros á la izquierda, como réprobos destinados á arder en los abismos por toda la eternidad. Ten paciencia con los malos, dice el gran Padre San Agustín explicando la parábola de la cizaña (Serm., 47); súfrellos, que para eso has nacido, y tal vez ha habido tiempo en que tú también has sido tolerado como malo. Si siempre fuiste bueno, ten misericordia de los demás; y si alguna vez no lo fuiste, no te olvides de tu antiguo estado. Dios exige de nosotros en esta vida la paciencia y conmiseración de nuestros hermanos, y para persuadirnos nos propone á sí mismo por ejemplo, diciendo: Por ventura, si Yo quisiera ejercitar ahora mi justicia, ¿sería posible que juzgase inicuamente, ó que me engañase en la sentencia? Pues si Yo, que siempre juzgo con rectitud, difiero mi juicio, que es infalible, ¿cómo tú, que ignoras de qué manera serás juzgado, te atreves á adelantar tu juicio para condenar á tu hermano? Nada puede templar tanto el ardor de la

humana soberbia como la consideración de los propios defectos. El que no los halla en sí mismo, puede desconfiar de la base que sostiene el edificio de la virtud, que es la humildad. Y el que se reconoce culpado, ¿cómo se atreve á juzgar á su prójimo?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, además del espíritu de paciencia con que quiere Dios que suframos á los malos, debemos tener presente un precepto del Evangelio que mira á nuestra propia santificación y al provecho del prójimo. Si no hubiera malos por quienes hubiésemos de dirigir al Cielo nuestras oraciones, dice San Agustín (*Serm., 15*), ¿cuándo se os diría: *Orad por nuestros enemigos?* (*Mateo, 5.*) Por ventura, ¿querríamos que fuesen enemigos nuestros los buenos? ¿Cómo podría ser eso? Al bueno no le puedes tener por enemigo, no siendo tú malo; porque, siendo bueno, solamente el injusto podrá ser tu enemigo. Luego, cuando nos dice: *Orad por vuestros enemigos*, es lo mismo que decir: los que sois buenos, orad por los que no lo son.

Uno de los más altos ejercicios que tiene la caridad es el de la oración por los malos. A un mismo tiempo santifica al que se emplea en éste santo ejercicio, y logra tal vez del Cielo una gracia tan abundante y poderosa, que rompe las cadenas que tienen en la iniquidad al miserable pecador. *Amad á vuestros enemigos*, decía el Señor (*8. Mat.f 5*), *haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.* Amar á los malos, y más si son enemigos nuestros, es efecto de una caridad verdadera; pero al fin es un ejercicio puramente interior; hacerles bien, ya es ejercicio más perfecto; pero vencer todos los resentimientos del alma, para que, llena de tranquilidad y encendida de amor, se ponga á hacer oración por los mismos que son sus contrarios, es uno de los puntos más altos adonde pueden dirigir sus miras los justos.

Pues para hacer una cosa perfecta es menester que, descontentos con la medianía, aspiremos á lo heroico. Cuando nos hallemos molestados de los malos, suframos con paciencia sus excesos; tal vez de nuestra paciencia está pendiente su arrepentimiento. Pero aun hay más: contemplemos que aquel ladrón, aquel calumniador, aquel falsario es hermano nuestro, es redimido con la sangre de Jesucristo, y no deja de serlo porque dirija contra nuestra persona ó nuestros intereses sus asechanzas. Contemplemos que la caridad en todo lugar, en todas circunstancias nos obliga y nos estrecha; que nuestras oraciones, ejercicio de esta caridad, son acaso el último asidero que tiene aquel desventurado pecador para lograr la divina misericordia. Dificultosamente se puede traer el entendimiento ocupado con estas ideas tan verdaderas y cristianas, sin que el corazón temple los movimientos primeros que excitan la enemistad, la persecución, la injusticia ó cualquiera otro mal, sea de la especie que quiera. ¿Harás más caso de los gritos de tu amor propio que de los que te da tu misma conciencia? ¿Mirarás todavía con ese tedio, con esa aversión, con ese horror, á aquella persona frágil, cuyas acciones no convienen con las tuyas? ¿No será justo que des lugar á la reflexión para no quebrantar un precepto de tu Legislador Jesucristo? De cuantos sacrificios haces á la ambición y á los vanos respetos del mundo; de cuantas veces quiebras y tuerces los dictámenes de tu razón por no contravenir al gusto de un hombre, ¿por qué no has de destinar algunas víctimas de esta especie al amor puro de tu Dios, y al amor que debes á tu prójimo?

JACULATORIAS

Por cumplir, Dios mío, vuestra santa ley, y por la esperanza de vuestras promesas, sufrí con paciencia los duros procedimientos de los hombres malos.—Ps. 16.

Dirigid mis pasos, Señor, por vuestros rectos caminos, y llevad á perfección las obras que son inspiración vuestra.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. Sufriré con paciencia á los malos cuantas vejaciones maquine contra mí su malicia; y muy lejos de indignarme contra ellos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura, que los llene de luz para que conozcan el mal y le aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud y la abracen. ¿Qué fruto podría sacar de la venganza? ¿Desharía ésta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesión, ¿serán tan necios los hombres que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

2. Jesucristo, el Hijo de Dios Eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos ejemplos y dejarnos señaladas las huellas por donde guíemos nuestros pasos á la bienaventuranza; este Señor es modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atención sus procedimientos, examine sus obras y sus palabras, contémplesle en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar las voces del amor propio cuando se queje de sus disgustos. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿Se habrán dicho contra ti tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿Tendrás osadía para imaginarte alguna proporción entre tu inocencia, mezclada siempre de defectos, y la de tu Salvador, tan infinita, tan santa y pura como la misma Divinidad? ¿Podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos ó á tus émulo tantos beneficios y gracias como Aquel que convirtió en gracias y beneficios, aun para los mismos que le crucificaban, su misma sangre y su preciosa vida?